



694453

to Televisión. Sgo. 15-11-1981. P. 21.

En algunas ocasiones me ha correspondido hablarles a los alumnos del ciclo medio de enseñanza. La primera vez quedé sorprendido de su atención y respuesta: Era tan obvio para mí lo que estaba diciéndoles que creí que podrían desinteresarse. En un viaje a provincia, por un motivo muy ajeno a lo que tendría que hacer, se me pidió por parte de los directores de los establecimientos de educación, de improviso, que les dictara una conferencia a sus alumnos. Mi excusa de no haber llevado libro a qué referirme ni tema que se me ocurriera oportuno, dio en la proposición de que, por el problema de no leer, que aquejaba al medio, les invitara a la lectura.

Recuerdo las circunstancias especiales que concurren al acto. De cuatro liceos e institutos, se llevaron a un gimnasio techado a todos los alumnos de los últimos cursos. Si no me equivoco, eran alrededor de seiscientos. Esa tarde, lluviosa. El gimnasio, un poco desolado por su amplitud, no demasiado frío por al lluvia, lo colmaban casi, adolescentes que, por venir de distintos medios, en ocasiones antagónicas, se miraban con curiosidad y recelo, aunque el concurso de mujeres y varones hacía pasar el ánimo del vasto círculo que se enfrentaba a la simpatía, a la malicia, a la socarronería. Cohesionar esa inquietud, semejaba tarea más bien difícil. Hasta el cielo parecía en contra. De una manera monótona, la lluvia azotaba el zinc y apagaba las voces de las autoridades que me presentaban.

Tuve que quedarme callado cuando me correspondió el turno. Los aplausos de bienvenida, curiosos y cordiales, quedaban casi ahogados por la furia de la lluvia. Era extraño sentirse tan desvalido por un factor externo. Después de escuchar la persistencia de las gotas sobre el zinc, en silencio, y comprender que esto no podía continuar, dije con mi voz más entera y alta: "No me negaran Uds. que nunca un conferenciante aquí ha sido recibido con una ovación céleste tan sostenida".

La simpatía con que fueron recibidas estas palabras no molestaron al ciclo que parecía irse morigerando con los minutos. Planté el asunto de la lectura, una vez más,

La Verdad y sus sombras

Por ROQUE ESTEBAN SCARPA,

Premio Nacional de Literatura



El libro, esa visión necesaria

haciendo referencias a una Gabriela Mistral de la edad de ellos: La maestra rural, autodidacta, que enseñaba a niños o a moralistas mayores que ella; la mujer restringida a un mundo pequeño, que dio, por destino, con un periodista de la zona que tenía "el fenómeno provincial" de una gran biblioteca: la sorpresa de la muchacha que se encontró con una generosidad inusitada. A ella, pobre, mínima, inquieto, se le facilitaban todos los libros que apetecía, incluso aquellos de pastas finas y papel robé. Así comenzó, diría ella, su fiesta vespéral y nocturna que no cesaría jamás. No le molestaba la luz vacilante de la vela por cortísimas horas, que eran muchas, según la cuenta caberna. Leyó "a troche y moche", sin selección, perdiendo en apariencia, mucho tiempo. Pero esa fue la fórmula de que un lugar pequeño se hiciera vasto como el mundo: que su día de hoy se trasladara a cualquier instante de la vida espiritual de la humanidad y de la experiencia de la pasiones y de la visión de paisajes y de sociedades.

Esa ocasión de su permanencia en La Compañía Baja, ¿qué compañía alta le obtuvo? Cuando se encontró con los "Ensayos" de Michel de Eyquem, señor de Montaigne, fuera de dar con el estilo coloquial que le sería tan acorde y tan grato, pudo ver cómo las circunstancias del entonces de Montaigne, el autor lo analizaba apoyándose en referencias de los grandes pensadores y poetas griegos y latinos. Por intermedio del autor francés, Gabriela iba conociendo que la cultura clásica,

para él, era asunto más que contemporáneo, susceptible de alimentar a todos los tiempos. A ella, la nutría Montaigne y por los ríos de su prosa iba adentrándose aquello que podía antojarsele como extraño y ajeno, y que le resultaba tan natural y tan propio.

Así se inició para la mujer del valle de Elqui su encuentro con lo universal, que, sin hacerle perder su esencia, le acrescentaba las posibilidades de entender lo complejo humano a través del libro, ese amigo fiel que puede esperar a que lo entiendan bien, que no se enoja si lo abandonan por otro, que está siempre al alcance de la mano, que nos permite volver a su morada en la página que se quiera.

El autor escribe porque necesita expresarse, porque el gozo del mundo le mueve o el dolor de él, y, en cuanto es fiel a lo humano en sí, ilumina zonas del ser de otros, da cuenta de su tiempo, porque él es ser de su tiempo y de una sociedad. En el libro está todo: El amor, la soledad, la ambición, la pobreza, la miseria del hombre, su libertad para trazarse un destino. Es maestro infatigable, inconmensurable, riquísimo y modesto. Para conocer lo que no se es, ha de irse por donde no se es, decía el místico, e incluso para conocerse, creyéndose conocido, uno ha de contraponerse con más ricas y mayores experiencias ya decantadas por un espíritu sagaz que domina ese medio mágico de la comunicación que es la palabra.

Callaré por una semana. Tengan Uds. la paciencia que tuvieron los muchachos y que yo tuve con el gris sonoro de la lluvia.

El libro, esa visión necesaria [artículo] Roque Esteban Scarpa.

Libros y documentos

AUTORÍA

Scarpa, Roque Esteban, 1914-1995

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El libro, esa visión necesaria [artículo] Roque Esteban Scarpa. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile